

---

Danubio Torres Fierro

# LAS UTOPIAS CANCELADAS

## ENTREVISTA A HANS MAGNUS ENZENSBERGER

Hans Magnus Enzensberger nació en Kaufbeuren (Baviera) en 1929. Ha residido en distintos lugares de Alemania, de Europa, de Estados Unidos y de América Latina y durante algunos años en la isla noruega de Tjøne. Una de sus estancias más prolongadas tuvo lugar en La Habana, y su resultado fue el libro *El interrogatorio de La Habana*, que en su edición española (Anagrama, 1973) recoge cuatro largos ensayos (“El interrogatorio de La Habana: autorretrato de la contrarrevolución”, “Imagen de un partido: Antecedentes, estructura e ideología del Partido Comunista de Cuba”, “Turismo revolucionario” y “Las Casas, o una mirada retrospectiva hacia el futuro”). Amparándose en una mirada inmisericorde, astuta y despiadadamente irónica, Enzensberger ha desarrollado una sólida actividad creadora de la que se destaca fundamentalmente su obra poética (*Poesía para los que no leen poesías* y *Mausoleo* pueden ser consultados por el lector español) y varios libros de ensayo (*Política y delito*, publicado por Seix Barral en 1966, es el más importante). No es extraño que Enzensberger sea a la vez un poeta y un ensayista: en él, la sensibilidad y la emoción están íntimamente vinculadas a la lucidez y al mundo de las ideas. De ahí surgen una poesía argumental, en la que el autor opina y polemiza, y una tarea ensayística que constantemente apela a la paradoja y a una brechtiana habilidad para desmontar situaciones que la rutina ha convertido en naturales.

**—Según lo que puede observarse en la lectura de *Poesía para los que no leen poesías* (libro que recoge piezas de tus primeros títulos publicados), desde muy temprano tu producción estuvo marcada por algunas constantes, por algunas preocupaciones muy tuyas. ¿Coincides con este planteo?**

—Primero digamos que soy un escritor tardío porque empecé a publicar sólo a los veintiocho años. Eso se explica, creo, porque tuve mucho cuidado de no caer en la trampa del autor joven que publica cosas de las que más tarde se arrepiente. De ahí, también, y como tú lo señalas, que mis primeros tres libros tengan una cierta unidad más notoria, quizás, desde el punto de vista literario. El primero de ellos apareció en 1957 y se titula *Verteidigung der Wölfe* (*En defensa de los lobos*). Es un libro agresivo y con un planteo diría que violento para los alemanes ya que los lobos del título son la gente que detenta el poder político y las ovejas el pueblo. A mí siempre me pareció injusto acusar a los lobos de todos nuestros males, entre otras razones por una fundamental: sin la complicidad de las ovejas, ellos no habrían podido —por ejemplo— llevar al país al nacionalsocialismo. Mi segundo libro fue *Landensprache* (*Idioma nacional*), que se publicó en 1963. Allí asoma una preocupación muy marcada por las cuestiones políticas alemanas, seguramente como resultado de que mi

formación (política, espiritual) estuvo determinada por el fascismo o, más precisamente, por el antifascismo. No olvidemos, aquí, un dato importante: yo tenía diecisiete años al finalizar la guerra. Por último, *Blindenschrift* (*Escritura para ciegos*) continúa de alguna manera a los libros anteriores al postular la dificultad que existe para leer la realidad, lo que se tiene delante de los ojos. Hice una selección de estos tres títulos bajo el nombre genérico de *Poesía para los que no leen poesías*, cuyo traductor fue Heberto Padilla. Esa traducción, que apareció en 1970, es el resultado de mi estancia en Cuba.

**—Curiosamente, la traducción de *Poesía para los que no leen poesías* tiene mucho del propio Padilla.**

—Es cierto. Ocurre que la posición de ambos frente a la poesía es bastante similar. Por ejemplo: a los dos nos importa mucho el humor.

**—Entre esos tres libros mencionados y lo que publicaste más tarde hay varios años de intervalo...**

—En primer lugar, tenía otras cosas que hacer en lugar de dedicarme a escribir poesía. Recordemos que en ese lapso ocurre el movimiento del 68, que fue de vital importancia para mí porque me dediqué a organizar actos y a hacer una revista política, y además por esa época estuve en Cuba. La verdad es que a mi vida podrían aplicarse puntualmente los famosos títulos de Goethe: años de aprendizaje por un lado y años de peregrinaje por otro. Y también la fórmula es aplicable a mi actividad literaria. Aparte de que siempre me negué a ser un poeta que produce un libro cada primavera, muy pronto me di cuenta de que me aburría esa fórmula que podríamos llamar “antológica” de hacer libros de poesía, es decir: reunir poemas sueltos de manera arbitraria. Amén de aburrirme, esa fórmula me parecía demasiado modesta y sentí que debía pensar en proyectos más largos, más ambiciosos, que se apoyaran en una estructura determinada y más compleja. Descubrí, entonces, que todo libro debe de tener una unidad de proyecto, ser el resultado de una propuesta estética y ética donde nada, o casi nada, quede librado al azar o la arbitrariedad. El fruto de esa concepción es *Mausoleo*, donde aparecen un contexto muy elaborado y una precisa unidad de contenido: lo que allí domina es, en efecto, una tentativa por resumir la problemática del progreso. También aparece algo más: la intención de trabajar a fondo en la narración épica, que es una forma ya difunta en la literatura moderna. Es un intento que trato de cristalizar en *El hundimiento del Titanic*, que será publicado en español en fecha cercana (ahora estoy revisando su traducción).

**— Ya que hablas de la traducción de tus textos al español, conviene aclarar que resulta muy difícil, para quien no sabe alemán, calibrar enteramente tu poesía, detectar cómo se inserta en una tradición.**

— No lo dudo, pero ahí es poca la ayuda que yo puedo prestar. Este planteo que tú acabas de hacer no me seduce ni me tienta porque aborrezco esa idea, tan arraigada en nuestra cultura, que pretende que los escritores se autodefinan. Yo pienso, y no por timidez frente a determinadas preguntas sobre el compromiso del escritor o sobre sus influencias, que la literatura debe de ser un diálogo. Por lo demás, no hay que olvidar, aquí, que los escritores son muy privilegiados porque tienen la posibilidad de hacerse oír, de pronunciarse más que el resto de la gente. Ya sabemos que la multitud es silenciosa y que en el espacio público no tiene voz.

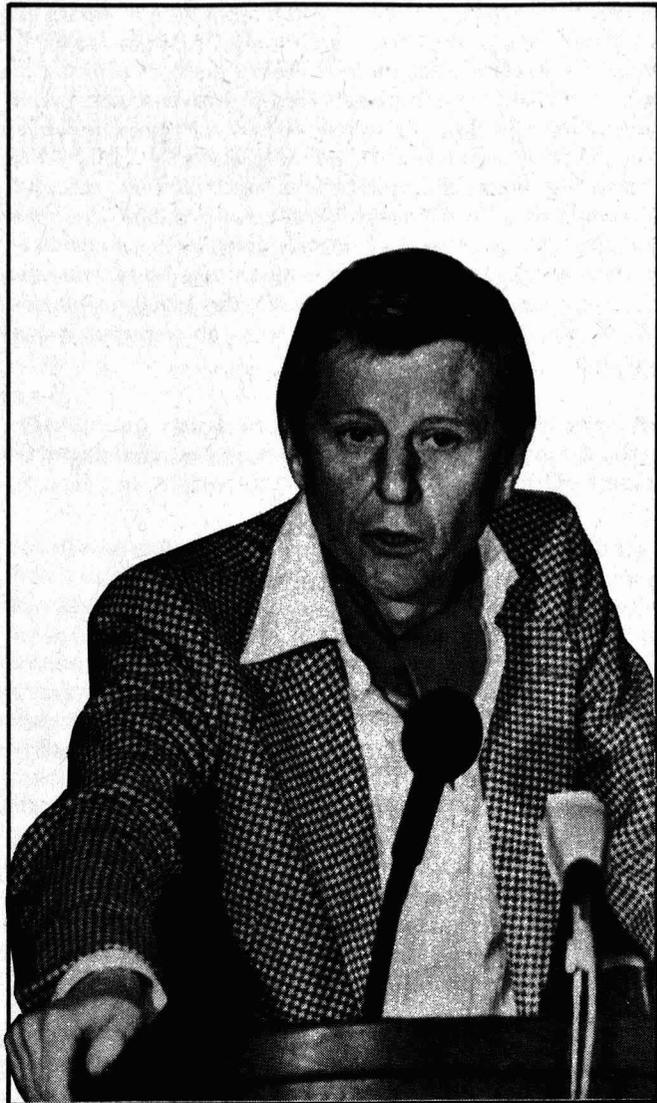
**— Yo te lo preguntaba porque en español es muy escasa la poesía alemana actual que se conoce.**

— Si hablamos de eso que se llama “influencias”, debo decir que son numerosísimas. Tú ya lo sabes: un escritor es un omnívoro que se alimenta de todo lo que le pasa por delante, y no sólo de lecturas sino, también, de frases oídas al pasar, de opiniones ajenas, de cuanto llama su atención. La poesía es un trabajo individual y aislado pero, al mismo tiempo, emplea un material que, a diferencia de los colores o de la piedra, es socialmente muy elaborado y al que el poeta debe recrear. También en este sentido escribir es un trabajo colectivo. De ahí que yo prefiera no ser el alumno de determinado maestro sino tener, en mi memoria, una multitud de voces. Desde el punto de vista literario, esa actitud se traduce, por ejemplo, en el hecho de que hace ya algunos años que publiqué una antología que se titula *Museo de la poesía moderna*. Es un libro curioso porque abarca dieciocho idiomas y traduce a todos aquellos poetas (rusos, chinos, chilenos, etc.) que no eran conocidos en Alemania después de la guerra. En esa época los alemanes ignoraban por completo lo que sucedía en el resto del mundo, y yo quise remediar al menos en parte la carencia con ese libro. Ahí es donde aparecen mis intereses más personales: la elección es mía y obedece, en todos los casos, a mis gustos y mis criterios. Es sabido que un escritor es también un egoísta: jamás lee “objetivamente”.

**— Si hay un rasgo que permanece inalterado a lo largo de tus libros, ése es el escribir una poesía muy argumental, donde el autor opina y emite pareceres.**

— Es cierto. Y eso se explica porque yo me niego a sumarme a quienes entienden —y son legión— que la inteligencia no interviene o no es necesaria en el ejercicio de la poesía. No nos engañemos: lo que domina es justamente esa visión de la poesía como una cosa bella, hermosa, lírica —y donde no cuenta el intelecto. Pero, para mí, la poesía es un todo complejo en el que, además y sobre todo, intervienen no sólo todas las facultades del autor sino también las del lector. De ahí que no tenga vergüenza, o recelo, de introducir en cuanto hago ese aspecto argumental que tú señalas. Y aquí cabe una aclaración: nunca intento traducir una idea a términos poéticos sino que trato de pensar haciendo poesía.

**— Lo que acabas de decir me recuerda un texto muy virulento de Witold Gombrowicz donde emplea, más o menos, los argumentos que tú acabas de usar. Si mal no recuerdo, ese texto se titula “Contra los poetas”...**



Enzensberger

— Recuerdo ese texto y estoy de acuerdo con él. Si se hace poesía en busca de la “belleza”, el resultado es una labor de señoras gordas: coser, bordar y esas cosas.

**— Cuando hablabamos de que tu poesía es muy argumental, yo recordaba tus libros de ensayos. Sería bueno que me dijeras algo sobre esa actividad.**

— Para mí, el ensayo actual es una forma espuria y casi degenerada porque, cuando se conocen sus orígenes, se comprueba que era un género muy rico, muy complejo, y que ofrecía enormes posibilidades. Mi opinión es que las instituciones académicas lo han convertido en algo cada vez más pedante, estrecho y pseudocientífico. Mis modelos han sido gente como Diderot o Heine, quienes emplearon en el ensayo una prosa con elementos narrativos y argumentales. Es en ellos —y por ende en fecha muy temprana— que aparece, por ejemplo, el principio del montaje. Este último es un método que, al menos a mí, me permite introducir una cierta complejidad para analizar determinados fenómenos o determinados temas. Nunca debemos olvidar una de las claves de la labor literaria: el hecho de que la complejidad de los fenómenos o de los temas analizados debe reproducirse puntual-

mente en la prosa o en eso que llamamos forma. Ahora en Alemania, acabo de publicar un libro que se titula *Migas políticas*. Es un paso adelante en mi obra porque su forma es mucho más libre —por ejemplo: recojo o invento personajes que hablan, que dan su punto de vista, y así logro que el monólogo casi desaparezca. Ya no me gusta, en el espacio del ensayo, esa obligación que tiene el autor de tener siempre derecho a decir la última palabra, o ese principio que reza que si el autor propone algo debe de defenderlo, comprobarlo, demostrarlo y darlo por fin como un resultado irreversible. Por lo demás, y frente a determinados temas o situaciones, es una falsedad pretender ofrecer una respuesta o una solución.

**—Al comenzar esta conversación, tú dijiste que tu vida podía dividirse en años de aprendizaje y en años de peregrinaje. ¿Qué destacarías de los primeros?**

—Desde mis primeros pasos públicos fui considerado un conflictivo. Ese es un término español que aprendí en Cuba porque allí —y para mi sorpresa— había muchas situaciones y personajes que caían bajo ese rótulo —y entre ellos estaba yo. Dije que eso me sorprendió porque tengo la costumbre de siempre decir mi parecer, de ser sincero y franco, y esa es una regla que aplico sobre todo a mis amigos. Por tener esos rasgos me tomaron en Cuba por alguien polémico e inaceptable. Pero en todos lados se cuecen las mismas habas: en Alemania me sucedió más o menos lo mismo al publicar algunos ensayos que trataban sobre cuestiones políticas y culturales del país. La verdad verdadera es que me encontré en esa posición polémica a pesar de mí mismo. Entonces fue cuando me di cuenta de que eso es también una trampa porque un escritor jamás debe aceptar la visión que de él tienen los demás. Justamente por eso, y porque no quise conformarme con ser un especialista (es decir: un escritor que sólo habla de literatura, por ejemplo), traté de extender lo más posible mi ámbito de preocupaciones. Físicamente, tal actitud se tradujo en una emigración voluntaria porque la obsesión por los problemas alemanes, y en concreto por la propia cuestión alemana (el Tercer Reich y lo nacional, por ejemplo), me parecía un camino sin salida, un verdadero *cul de sac*. Para escapar a todo eso viví en Escandinavia, un país que en aquel momento asomaba como un modelo en el que la socialdemocracia progresista había llegado a su punto máximo. Por mi parte, sé que esa escapada quiso ser la búsqueda de una sociedad más aceptable que la mía. Quizás se trató de un intento ingenuo...

**—¿Por qué rechazabas a la sociedad alemana de ese entonces?**

—Los años cincuenta, que son los del llamado “milagro alemán”, fueron muy aburridos desde el punto de vista intelectual. Todo el país estaba preocupado por el bienestar material, por la reconstrucción económica y por el establecimiento de una sociedad de consumo. Tal vez esos empeños sean naturales e inevitables, pero para quien no está dentro de ese juego (al no ser un empresario o un ejecutivo) el asunto se vuelve ideológicamente muy pobre. Y eso fue lo que ocurrió durante los años del gobierno de Adenauer, a lo que se sumó el anticomunismo frenético e ignorante. Pasé entonces mucho tiempo fuera del país: en América Latina, en Estados Unidos, en Italia, en la Unión Soviética. Quería esca-

par —repito— del provincianismo centroeuropeo. Por otra parte, y ya desde el exclusivo punto de vista político, fue un intento deliberado por examinar a fondo la cuestión del socialismo no sólo a través de los libros sino de la propia práctica.

**—En ese sentido, ¿cómo fue la experiencia cubana?**

—Tengo que decir que para mí Cuba es un país encantador, y que tuve con él una especie de *affaire d'amour*. Yo ya conocía bien, en los años sesenta, los regímenes de Europa Oriental y llegué a la isla con la ilusión de hallar un socialismo distinto. Y debo aclarar que en un primer momento hubo indicios que me llevaron a pensar que, en efecto, allí podría encontrarlo. Esa confirmación no se desprendía de una lectura del *Granma* o de conversaciones en la sede de Casa de las Américas, sino de mi contacto con la gente en las zafras y en el campo (y aquí debo precisar que siempre me negué a asistir a los centros dedicados a los extranjeros: mi intención no era hacerme fotografiar al lado de los revolucionarios). Yo traté sólo con cubanos y mi contacto con los altos mandos, y con los intelectuales que venían de visita, fue raro o escaso. Fue a través de mi experiencia directa con el pueblo que llegué a entender que el asunto no tenía salida y que Cuba no plantearía nunca una alternativa real al socialismo. Y aquí debo decir —porque así lo siento y lo vivo— que a mí no me interesa demasiado saber quiénes son los responsables o los culpables de que las cosas sean así. Lo que yo he podido comprobar, invariablemente, y eso en la Unión Soviética, en China y en la propia Cuba, es que un régimen de esa naturaleza siempre tiende a convertirse en una deformación histórica, en un animal extraño con el que ni siquiera soñaron los padres fundadores del socialismo. De ahí que, a esta altura, el socialismo me parezca una utopía abortada. No es más un horizonte esperanzador o un futuro por el que uno pueda comprometerse. Ese fue, a grandes rasgos, el resultado que extraje de mi experiencia cubana —pero la verdad es que a mí me interesa, más que la suma neta de esa operación, el trayecto que hice para llegar a ella. A mí me importa, en todos los casos, pasar por lo concreto. Este es un aspecto —como te habrás dado cuenta— en el que insisto mucho, quizás debido a mi simpatía por el empirismo. De ahí, además, que vea a las ideologías como instrumentos demasiado crudos —algo así como examinar una molécula con un hacha.

**—Frente a esa bancarrota del socialismo, ¿tú piensas que hay que volcarse hacia la socialdemocracia o hacia el reformismo?**

—Es sabido —y yo lo comprobé en carne propia— que el modelo de socialdemocracia que ofrecen países como Escandinavia, Suecia o Noruega funciona sólo hasta un cierto punto. Tampoco ellos sirven de horizonte utópico ya que acaban en un filisteísmo y en un paternalismo poco recomendable. Y siempre aparece la cuestión del Estado, que es un tema central en nuestros días. En el régimen totalitario, ese Estado es un padre severo y en el socialdemócrata es benévolo, pero también en éste aliena la voluntad y expropia los deseos. Por otra parte, y para poner todas las cartas sobre la mesa, los últimos años enseñan que el Estado providencia no funciona como sistema económico, que ha llegado a sus límites. Tampoco ofrece una solución a los problemas actuales de la humanidad. Es cierto: de ese panorama se desprende una conclusión desencantada y, en consecuencia, vivimos una situa-

ción que a mucha gente desespera. En lo personal, no desespero porque considero normal que no se ofrezcan soluciones totalizantes, en las que se halla respuesta a todo. Tal vez, en este momento, hemos llegado a carecer de respuestas de forma alarmante. Pero eso es un desafío. Y de ninguna manera hemos llegado al apocalipsis —que, por lo demás, es también una suerte de utopía negativa que, en las sociedades ricas, adquiere visos absurdos: ese llanto interminable, esa complacencia en el horror que necesariamente deben verse con cierta perspectiva satírica porque quienes así se conducen comen bien, tienen dos casas, un coche...

**—¿Cuál es la situación de Alemania con respecto a las dos grandes superpotencias?**

—Todavía vivimos las consecuencias de Yalta que, como debe recordarse, fue un pacto entre las dos superpotencias. Ambos bloques tienen políticas muy peligrosas. Pero, a mi entender, hay una diferencia: el régimen soviético es irreversible en su propio mecanismo al carecer de la flexibilidad necesaria como para que en su interior se produzca un cambio saludable, positivo. Es un sistema que tiene mecanismos de autopropagación tan fuertes que jamás caerá —o caerá de forma violentísima. Por su parte, la sociedad norteamericana es malsana pero justamente ha conservado la capacidad de cambiar hasta un cierto punto. El ejemplo de Watergate



Adenauer

es muy claro en ese sentido —y espero que su continuación sea la de que los norteamericanos se desembarquen de Ronald Reagan. Hay, entonces, y como decía, una enorme diferencia entre uno y otro bloque. Y no deja de ser hipócrita (una hipocresía de izquierda muy arraigada) que todos nosotros pretendamos, incluidos los izquierdistas más vociferantes, vivir en una sociedad de tipo occidental, es decir: más o menos norteamericana, antes de hacerlo en la Unión Soviética. Pero si, dentro del planteo que acabo de hacer, no hay una simetría entre los bloques, ésta sí existe desde el punto de vista de la posibilidad de una guerra mundial y total. Ahí sí ambos tienen la capacidad de acabar con la humanidad.

**—Concretamente, y dentro de ese esquema, ¿cuál es la situación de Alemania?**

—Naturalmente, la división del país es una tragedia desde el punto de vista humano —pero desde una perspectiva más fría, olímpica si se quiere, tiene la virtud de abrir los ojos sobre lo que es realmente el llamado “socialismo real”. El contraste entre una y otra zona del país es notable, y la gente extrae de allí sus deducciones. Por otro lado, no creo que los alemanes, solos, tengan un papel determinante en el futuro de Europa —y con esto quiero decir, además, que tampoco es deseable que lo tengan. Pero indudablemente tienen una gran responsabilidad por el solo hecho de tener el pasado que tienen...

**—Pero hay algo más grave: Alemania puede convertirse en el campo de batalla privilegiado si estalla una guerra entre las superpotencias.**

—Sí, pero si eso sucede será determinado por los rusos y los norteamericanos porque, en realidad, en Europa Central la posibilidad de una guerra es nada más y nada menos que un paradoja. Es la región del mundo donde hay una mayor concentración de armas atómicas y, al mismo tiempo, donde hay menos razones para una guerra. ¿Por qué? Porque allí la definición de las zonas de influencia y de ingerencia es tan clara que basta con respetarla. Como se sabe, en Europa no existen reivindicaciones territoriales y sólo los alemanes insisten en la hipótesis de una reunificación forzada ya que ni los orientales ni los occidentales la quieren realmente. Allí se respeta ese estado de cosas insatisfactorio a sabiendas de que no existe otra alternativa. De ahí que una guerra en Europa Central sea el colmo del absurdo. Así planteadas las cosas, mi opinión es que los alemanes, dado su poderío, tienen tal vez la obligación de estorbar los movimientos de los dos grandes bloques. En otro orden de cosas, y respondiendo a tu inquietud, hay que decir que el llamado modelo alemán ya no es lo que era. Se han introducido cambios importantes en la sociedad, que van desde el abandono del frenesí por el dinero hasta una sana preocupación ecológica, pasando por el hartazgo del consumismo. Ahí asoma una forma de sensatez, una denuncia de saturación. Hay, para decirlo corto, un proceso de aprendizaje que, por fortuna, no se limita a Alemania sino que se extiende a toda Europa: que el bienestar no es infinito, que la idealización de la sociedad no es viable. Son cosas que hacen vivible Europa. Y que, en lo que a mí respecta, me llevan a estar mucho menos preocupado por mi país de lo que lo estaba en —por ejemplo— los años cincuenta.